

# LA MANERA COMO VIVIMOS AHORA

AL PRINCIPIO SÓLO perdía peso, se sentía un poco enfermo, Max le dijo a Ellen, y no pidió una cita a su médico, según Greg, porque lograba seguir trabajando más o menos al mismo ritmo, pero dejó de fumar, Tanya señaló, lo que sugiere que estaba asustado, pero también que quería, aun más de lo que sabía, estar sano, o más sano, tal vez sólo recuperar algunos kilos de peso, dijo Orson, porque le dijo a ella, prosiguió Tanya, que suponía que iba a estar muy ansioso, y, ante su sorpresa, descubrió que no extrañaba los cigarrillos para nada y que se deleitaba con la sensación de que sus pulmones no sentían dolor por primera vez en años. Pero tenía un buen médico, Stephen quería saber, porque habría sido una locura no hacerse un examen médico general después que pasó el susto y que había vuelto de la conferencia en Helsinki, aun cuando por entonces se sentía mejor. Y él le dijo a Frank que iría, aun cuando estaba de verdad asustado, como lo admitió a Jan, pero quién no se asustaría ahora, sin embargo, por extraño que parezca, no se había preocupado hasta hace poco, le confesó a Quentin, fue sólo en los últimos seis meses que sintió en la boca ese gusto metálico del pánico, porque volverse seriamente enfermo era algo que ocurría a otras personas, una ilusión corriente, le señaló a Paolo, si uno tenía treinta y ocho años y nunca había tenido una enfermedad grave; no era, como lo confirmó Jan, un hipocondríaco. Por supuesto, era difícil no preocuparse, todos estaban preocupados, pero de nada serviría ceder al pánico, porque como le señaló Max a Quentin, no había nada que se pudiera hacer salvo esperar y tener esperanza, esperar y empezar a ser cuidadoso, ser cuidadoso y tener esperanza. Y aun si se probaba que uno estaba enfermo, uno no debía desalentarse, había nuevos tratamientos que prometían detener el curso inexorable de la enfermedad, la investigación progresaba. Parecía que todos estaban en contacto con todos los demás varias veces a la semana, nunca pasé tantas horas por vez hablando por teléfono, dijo Stephen a Kate, y cuando me siento exhausto después de las dos o tres llamadas que me hicieron, dándome las últimas noticias, en vez de desconectar el teléfono para darme un respiro marco el número de otro amigo o conocido para darle la noticia. No estoy segura de que puedo permitirme pensar mucho en el asunto, dijo Ellen, y sospecho de mis propios motivos, hay algo morboso en que empiezo a acostumbarme, que me pone excitada, esto debe de parecerse a lo que sintió la gente en Londres durante los bombardeos. Que yo sepa, no corro ningún riesgo, pero nunca se sabe, dijo Aileen. Esto es algo totalmente sin precedentes, dijo Frank. Pero no crees que debería ver a un médico, insistió Stephen. Mira, dijo Orson, no puedes obligar a la gente a que se cuide, y qué te hace pensar lo peor, podría estar debilitado solamente, la gente todavía contrae enfermedades corrientes, algunas espantosas, por qué das por sentado que tiene esa enfermedad. Pero de lo único que quiero estar seguro, dijo Stephen, es

SUSAN SONTAG

Traducción de Eduardo Paz Leston

que él entiende las opciones, porque la mayoría de la gente no las entiende, por eso es que no quieren ver a un médico o hacerse un análisis, creen que no se puede hacer nada. Pero acaso hay algo que pueda hacer, él le dijo a Tanya (según Greg), quiero decir qué gano si consulto a un médico; si estoy realmente enfermo, se cuenta que dijo, pronto lo sabré.

Y cuando estaba en el hospital, su ánimo pareció mejorar, según Donny. Parecía más alegre de lo que había estado los últimos meses, dijo Ursula, y al parecer recibió la mala noticia casi como un alivio, según Ira, como un golpe verdaderamente inesperado, según Quentin, pero cuesta suponer que haya dicho la misma cosa a todos sus amigos, porque su relación con Ira era diferente de su relación con Quentin (esto según Quentin, que estaba orgulloso de su amistad), y tal vez él pensó que Quentin no se vería afectado si lo veía llorar, pero Ira insistió en que esa no podía ser la razón por la cual se condujo de manera tan diferente con cada uno, y que a lo mejor se sentía menos sobresaltado, movilizándolo su fuerza para luchar por su vida, en el momento en que vio a Ira pero vencido por la desesperación cuando Quentin llegó con flores, porque de todas maneras las flores lo pusieron de mal humor, como le contó Quentin a Kate, ya que el cuarto del hospital estaba atestado de flores, no se podía meter otra flor en ese cuarto, pero seguramente estás exagerando, dijo Kate, sonriendo, a todo el mundo le gustan las flores. Bueno, quién no exageraría en un momento como éste, dijo Quentin, cortante. Crees que esa es una exageración. Por supuesto que lo creo, dijo Kate suavemente, sólo estaba bromeando, quiero decir que no bromeaba intencionalmente. Ya lo sé, dijo Quentin, con lágrimas en los ojos, y Kate lo abrazó y dijo bueno, cuando vaya esta noche no voy a llevarle flores, qué es lo que él quiere, y Quentin dijo, según Max, lo que más le gusta es el chocolate. Hay algo más preguntó Kate, como el chocolate pero sin ser el chocolate. Dulce de regaliz, dijo Quentin, sonándose la nariz. Y además de eso. No estás exagerando ahora, dijo Quentin, sonriendo. De acuerdo, dijo Kate, de manera que si quiero llevarle un montón de cosas, además de chocolate y dulce de regaliz, qué más. Caramelos de goma, dijo Quentin.

No quería estar solo, según Paolo y muchas personas vinieron la primera semana, y la enfermera jamaiquina dijo que había otros pacientes en el mismo piso que estarían encantados de tener las flores sobrantes, y la gente no tenía miedo de visitarlo, no era como en los primeros tiempos, como Kate le señaló a Aileen, ya no están segregados en el hospital, como observó Hilda, no hay ningún cartel en la puerta de su cuarto advirtiendo a los visitantes la posibilidad de un con-

tagio, como ocurrió hace unos años; en realidad, está en un cuarto compartido y, como le dijo a Orson, el viejo que está en el otro extremo de la cortina (que evidentemente está por ser dado de alta, dijo Stephen) ni siquiera tiene la enfermedad, de manera que, como continuó diciendo Kate, realmente deberías ir a verlo, estaría contento de verte, le gusta que lo visiten, no vas porque tienes miedo, no es verdad. Por supuesto que no, dijo Aileen, pero no sé qué decir, pienso que me voy a sentir rara, cosa que él va a notar, y eso lo hará sentir peor, de manera que no le haré ningún bien, no te parece. Pero él no notará nada, dijo Kate, dando palmaditas en la mano de Aileen, no ocurre de esa manera, no ocurre de la manera como tú lo imaginas, él no juzga a la gente o se pregunta por sus motivos, está simplemente feliz de ver a sus amigos. Pero en realidad yo nunca fui su amiga, dijo Aileen, tú eres su amiga, siempre te quiso, me contaste que hablaba de Nora contigo, ya sé que me quiere, hasta se sintió atraído por mí, pero a ti te respeta. Pero, según Wesley, la razón por la cual Aileen era tan mezuquina con sus visitas era porque nunca conseguía tenerlo enteramente para ella, siempre había otros y cuando ya se iban otros llegaban, ella estuvo enamorada de él durante años, y yo comprendo, dijo Donny, que Aileen se sintiera disgustada de que si pudiera haber habido una amiga con la que se acostara más que ocasionalmente, una mujer a la que realmente quisiera, y Dios mío, dijo Víctor, que lo había frecuentado en esos

años, estaba loco por Nora, qué pareja desconsoladora que eran ellos, dos ángeles ariscos, entonces no pudo haber sido ella.

Y cuando algunos de los amigos, los que venían todos los días, abordaron a la médica en el corredor, Stephen fue quien hizo las preguntas más pertinentes, que se había informado no solamente de las historias que aparecían varias veces por semana en el *Times* (que Greg había dejado de leer, incapaz de soportarlas más tiempo) sino artículos publicados en revistas médicas aquí y en Inglaterra y Francia, y que había tratado a uno de los principales médicos que en París estaba realizando una investigación muy publicitada sobre la enfermedad, pero la médica dijo poco más que la neumonía no ocasionaba un peligro de muerte, que la fiebre cedía, por supuesto todavía estaba débil pero respondía bien a los antibióticos, que debía completar su estada en el hospital, que implicaba un mínimo de veintidós días antes que ella pudiera aplicarle la nueva droga, porque ella se mostraba optimista sobre esa posibilidad; y cuando Víctor dijo que si le costaba tanto trabajo alimentarse (él dijo a todos, cuando lo obligaron a probar la comida del hospital, que la comida no tenía rico gusto, que tenía un gusto metálico raro en la boca) no convenía que los amigos trajeran toda esa cantidad de chocolate, la médica se limitó a sonreír y dijo que en esos casos la moral del paciente era también un factor importante, y que si el chocolate lo hacía sentirse mejor no veía ningún inconveniente en ello, lo que preocupó a Stephen, como Stephen le dijo más tarde a Donny, porque querían creer en las promesas y en los tabúes de la medicina actual pero ésta tranquilizadamente lacónica especialista de cabello plateado, citada frecuentemente en los diarios, hablaba como un anticuado médico general que dice a la familia que el té con miel o la sopa de pollo le hará tanto bien al paciente como la penicilina, lo que podría significar, como dijo Max, que meramente lo estaban tratando, que no estaban seguros sobre qué hacer, o mejor dicho, como interpuso Xavier, que no sabían qué diablos estaban haciendo, que la verdad, como dijo Hilda, era que los médicos no tenían ninguna esperanza.

Oh, no, dijo Lewis, no lo puedo soportar, espera un minuto, no lo puedo creer, estás seguro, quiero decir están ellos seguros, han hecho todos los análisis, las cosas se están poniendo de tal manera que cuando sueña el teléfono estoy asustado de contestar porque pienso que será alguien contándome que otro más está enfermo; pero Lewis realmente no supo hasta ayer, dijo Robert irritado, me cuesta creerlo, todo el mundo habla del asunto, parece imposible que nadie hubiera llamado a Lewis; y a lo mejor Lewis sabía, por alguna razón fingía no saberlo todavía, porque, recordó Jan, acaso Lewis no le dijo algo a Greg hace unos meses, y no solamente a Greg, sobre que él no se sentía bien, que perdía peso y que estaba preocupado por él y deseaba que viera a un médico, de manera que no pudo haber sido una sorpresa total. Bueno, ahora todos están preocupados por todos, dijo Betsy, esa parece ser la manera como vivimos, ese parece ser la manera como vivimos ahora. Y, después de todo, estuvieron una



vez muy unidos, acaso Lewis no conserva las llaves del departamento de él, ya sabes de la manera como se deja que la otra persona guarde las llaves después de la ruptura, un poco porque uno espera que esa persona entre de improviso, ebria o excitada, tarde una noche, pero sobre todo porque conviene tener varios juegos de llaves distribuidos por la ciudad, si uno vive solo en la parte superior de lo que había sido un edificio comercial que, por pretencioso que fuere, no tiene portero, alguien a quien se le puede pedir las llaves tarde de noche si uno ha perdido las suyas o las dejó adentro. Quién más tiene llaves, preguntó Tanya, pensaba que alguien podría pasar mañana antes de venir al hospital y traer algunos de sus tesoros, porque el otro día, dijo Ira, él se quejaba sobre lo deprimente que estaba el cuarto del hospital, y cómo se parecía a estar encerrado en el cuarto de un motel, lo que hizo que todos se pusieran a contar cuentos graciosos sobre los cuartos de motel que habían conocido, y cuando Ursula contó sobre la Luxury Budget Inn en Schenectady hubo carcajadas alrededor de la cama, mientras él los observaba en silencio, con los ojos brillantes por la fiebre, todo el tiempo, como recordó Victor devorando ese maldito chocolate. Pero, según Jan, a quien Lewis permitió recorrer la guarida de soltero de él con la idea de llevarle un consuelo artístico para alegrar el cuarto de hospital, el icono bizantino no estaba en la pared sobre su cama, y eso fue un enigma hasta que Orson recordó que él había contado sin parecer enojado (esto discutido por Greg) que el muchacho del que se había librado recientemente se lo había robado, junto con cuatro de las cajas de laca *maki-e*, como si éstos fueran objetos tan fáciles de vender en la calle como un televisor o un estéreo. Pero siempre fue muy generoso, dijo Kate suavemente, y si bien le gustan las cosas lindas no está verdaderamente apegado a ellas, como dijo Orson, lo que es inusual en un coleccionista, como comentó Frank, y cuando Kate se estremeció y las lágrimas asomaron a sus ojos y Orson preguntó ansiosamente si él, Orson, había dicho algo indebido; ella señaló que habían empezado a hablar sobre él de un modo retrospectivo, recapitulando cómo era, como si estuviera acabado, completo, como si fuera ya parte del pasado.

Tal vez se estaba cansando de tener tantas visitas, dijo Robert, que como Ellen no pudo dejar de mencionarlo, era alguien que había venido sólo dos veces y probablemente buscaba una razón para no venir regularmente, pero no cabía ninguna duda, según Ursula, que el ánimo de él declinaba, no porque hubiera noticias desalentadoras por parte de los médicos, y ahora él prefería estar solo durante algunas horas del día; y él le dijo a Donny que empezó a llevar un diario por primera vez en su vida, porque quería registrar el curso de sus reacciones mentales ante este giro sorprendente de los acontecimientos, y hacer algo paralelo a lo que estaban haciendo los médicos, que venían todas las mañanas y conferenciaban ante su cabecera acerca de su cuerpo, y que tal vez no fuera tan importante lo que escribía en el diario, que llegaba a ser, como le dijo irónicamente a Quentin, poco más que las trivialidades usuales sobre el terror y asombro de que eso le ocurriera a él, también a él además de las usuales evaluaciones llenas de remordimiento sobre su vida

pasada, su excusable superficialidad, rematada por resoluciones de vivir mejor, más profundamente, más en contacto con su trabajo y sus amigos, y no preocuparse tan apasionadamente sobre lo que la gente piense de él, entremezcladas con advertencias a sí mismo de que en esta situación su voluntad de vivir contaba más que cualquier otra cosa y que si realmente quería vivir y confiaba en la vida, y se quería lo suficiente (¡abajo, Thanatos del demonio!), *viviría*, sería una excepción; pero tal vez todo esto, como reflexionaba Quentin, hablando por teléfono con Kate, no era lo que contaba, lo que contaba era que por el solo hecho de llevar un diario él estaba acumulando algo para leer algún día, astutamente apostando a un tiempo futuro, en el cual el diario sería un objeto, una reliquia, que no volvería realmente a releer, porque querría dejar atrás esa experiencia penosa, pero el diario permanecería allí en el cajón de su estupendo escritorio Majorelle, y ya se veía, él le dijo efectivamente a Quentin al final de una tarde soleada, apoyado sobre las almohadas de su cama de hospital, con una mancha de chocolate que asomaba al costado de su angustiosa sonrisa, ya se veía en su *penthouse* con el sol de octubre irrumpiendo a través de esas claras ventanas, en vez de esta ventana rayada, y el diario, el patético diario, a resguardo dentro del cajón.

No tienen importancia los efectos secundarios del tratamiento, dijo Stephen (hablando con Max), no sé por qué estás tan preocupado, todo tratamiento intensivo tiene algunos peligrosos efectos secundarios, es inevitable, quieres decir que si no, el tratamiento no sería tan eficaz, interrumpió Hilda, y de todas maneras, prosiguió Stephen obstinadamente, precisamente porque *hay* efectos secundarios no significa que tenga que sufrírselos, o todos, o cada uno, o incluso algunos. Esa no es más que una lista de todas las cosas posibles que pueden salir mal, porque los médicos tienen que protegerse, por eso exageran el caso, pero acaso no es eso lo que le ocurre a él; y a tantas otras personas, interrumpió Tanya, lo peor, una catástrofe que nadie hubiera imaginado, es algo demasiado cruel, y acaso todo no constituye sino un efecto secundario, se burló Ira, hasta *nosotros* somos enteramente efectos secundarios, pero no somos efectos secundarios nocivos, dijo Frank, a él le gusta tener a su alrededor a sus amigos, y nos ayudamos uno a otros, también; porque su enfermedad nos une, reflexionó Xavier, y por más que haya celos y quejas respecto del pasado que nos han vuelto cautelosos y malhumorados unos con otros, cuando ocurre una cosa como ésta (¡se cae el cielo, se cae el cielo!) se entiende lo que realmente es importante. Pero no crees, Quentin observó a Max, que estando tan unidos a él como lo estamos, arreglándonos para pasar por el hospital todos los días, es una manera de tratar de definirnos a nosotros mismos más firmemente y más irrevocablemente como los sanos, los que no están enfermos, los que no van a caer enfermos, como si lo que le ocurrió a él no pudiera pasarnos a nosotros, cuando en realidad las probabilidades son que uno de nosotros terminará donde está él, lo que probablemente él sintió cuando era uno del grupo que visitaba a Zack durante la primavera (¿nunca

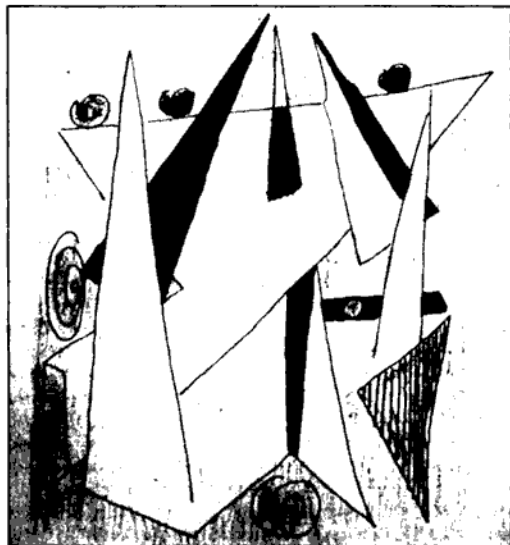
lo conociste a Zack, no?), y según Clarice, la viuda de Zack, él no venía muy a menudo, decía que odiaba los hospitales, y pensaba que no le hacía ningún bien a Zack, que Zack vería en su cara lo incómodo que estaba. Oh, él era uno de esos, dijo Aileen. Un cobarde. Como yo.

Y cuando del hospital lo mandaron a su casa, y Quentin se había ofrecido a mudarse con él y cocinaba y recibía los mensajes telefónicos y mantenía informada a la madre en Mississippi, bueno, principalmente impidiendo que ella volara a Nueva York y acumulara su pena sobre su hijo y turbara la rutina de la casa con su ayuda opresiva, él pudo trabajar una o dos horas en su estudio, durante los días en que no insistía en salir, para comer o ir al cine, lo que lo cansaba. Parecía optimista, pensó Kate, tenía buen apetito, y lo que él decía, informó Orson, era que estaba de acuerdo cuando Stephen le aconsejó que lo principal era mantenerse en forma, él era un luchador, de acuerdo, no sería quien era si no lo fuera, y estaba dispuesto a la gran lucha, preguntó retóricamente Stephen (como le dijo Max a Donny), y él dijo por supuesto, y Stephen agregó que pudo ser mucho peor, pudiste haber contraído la enfermedad hace dos años, pero ahora tantos científicos están investigando, el equipo norteamericano y el equipo francés, todos empeñándose por ese Premio Nobel futuro, que todo lo que tiene que hacer es estar bien de salud por uno o dos años y entonces habrá un buen tratamiento, un tratamiento verdadero. Sí, dijo él, según Stephen, mi sentido del tiempo es correcto. Y Betsy, que había estado escalando montañas y cumpliendo dietas macrobióticas durante una década, habló de un especialista japonés que quería que él consultase pero gracias a Dios, informó Donny, él fue lo bastante sensato como para negarse a hacerlo, pero aceptó ver al especialista en visualización que le recomendó Víctor, si bien que cosa podía uno visualizar, dijo Hilda, cuando el sentido de visualizar una enfermedad era verla como una entidad con contornos, límites, aquí más que allá, algo limitado, algo de lo cual uno es el huésped, en el sentido de que uno puede desinvitar la enfermedad, mientras esto era tan total, o lo sería, dijo Max. Pero lo principal, dijo Greg, era controlar que no tomara el camino macrobiótico, que podía ser inofensivo para la regordeta Betsy pero podía ser desastroso para él, delgado como lo había sido siempre, con todos los cigarrillos y compuestos químicos que suprimen el apetito que había recibido su cuerpo durante años; y ahora no era precisamente el momento, señaló Stephen, de preocuparse de que lleve una vida sana, y de eliminar todos los compuestos químicos y otros contaminantes que tan alegremente o no tan alegremente tomamos, puesto que estamos tan sanos como podemos; hasta ahora, dijo Ira. Carne y papas es lo que me haría feliz que comiera, dijo Ursula melancólicamente. Y tallarines y salsa de almejas, agregó Greg. Y tortillas de huevos ricos en colesterol con mozzarella ahumada, sugirió Yvonne, que había volado desde Londres el fin de semana para verlo. Tarta de chocolate, dijo Frank. Tal vez tarta de chocolate no, dijo Ursula, ya come demasiado chocolate.

Y cuando, no enseguida sino sólo tres semanas más tarde, lo volvieron a internar para aplicarle la nueva droga, lo que suscitó largos y ocultos cabldeos con los

médicos, él habló menos sobre el hecho de estar enfermo, según Donny, lo que parecía como un buen signo, pensó Kate, un signo de que no se sentía como una víctima, sintiendo no que tenía una enfermedad sino, más bien, que estaba viviendo con una enfermedad (¿ese era el clisé adecuado, no es así?), un arreglo más hospitalario, dijo Jan, una especie de cohabitación que implicaba que era algo temporario, que podía terminarse, pero terminarse cómo, dijo Hilda, y cuando dices hospitalario, Jan, yo oigo hospital. Y resultaba alentador, insistió Stephen, que desde el principio, por lo menos desde el momento en que finalmente fue convencido de que llamara al médico, él estaba dispuesto a decir el nombre de la enfermedad, pronunciarla a menudo y sin dificultad, como si sólo fuera otra palabra, como muchacho o galería o dinero, Paolo interpuso, porque, continuó Stephen, pronunciar el nombre es un signo de salud, es un signo de que uno ha aceptado ser lo que uno es, mortal, vulnerable, no exento, no una excepción después de todo, es un signo de que uno está dispuesto a luchar por su propia vida. Y también debemos decir el nombre, y a menudo, agregó Tanya, no debemos quedar atrás de él en materia de honestidad, o dejarle sentir que, una vez hecho el esfuerzo de ser honestos, que es algo superado y que él puede pasar a hacer otras cosas. Uno está mucho mejor preparado para ayudarlo, replicó Wesley. De algún modo, él es afortunado, dijo Yvonne, que se ocupó de un problema en el almacén de Nueva York y que regresaba esa noche a Londres, seguro, afortunado, dijo Wesley, nadie lo evita, continuó Yvonne, nadie tiene miedo de abrazarlo o besarlo levemente en los labios, en Londres, como siempre, estamos varios años atrás de ustedes; sé de gente que ni remotamente corre peligro y que está aterrada, pero me impresiona lo tranquilos y racionales que son ustedes; te parecemos tranquilos, preguntó Quentin. Pero debo decir, se cuenta que él había dicho, que estoy aterrado, me cuesta mucho leer (y ustedes saben cuánto le gusta leer, dijo Greg; sí, la lectura es su televisión, dijo Paolo) o pensar, pero no me siento histérico. Yo me siento bastante histérico, le dijo Lewis a Yvonne. Pero puedes hacer algo por él, eso es maravilloso, cómo me hubiera gustado quedarme más tiempo, Yvonne respondió, no puedo dejar de pensar lo linda que es esta utopía de la amistad que ustedes han convocado a su alrededor (esta patética utopía, dijo Kate), de manera que la enfermedad, concluyó Yvonne, ya no está más afuera. Sí, no creen ustedes que estamos más familiarizados aquí, con él, con la enfermedad, dijo Tanya, porque la enfermedad imaginaria es mucho peor que la realidad de él, a quien todos queremos, cada uno a su manera, que tiene esa enfermedad. A mi modo de ver, el hecho de que él la contraiga ha desmistificado la enfermedad, dijo Jan, no siento miedo, no estoy aterrado, como lo estuve cuando se enfermó, cuando sólo eran noticias sobre personas apenas conocidas, a quienes no volví a ver después que se enfermaron. Pero sabes que no vas a contraer la enfermedad, dijo Quentin, a lo que Ellen replicó, en nombre de ella misma, no se trata de eso, y posiblemente sea falso, mi ginecólogo dice que todas las personas corren el riesgo, todas las

personas que tengan una vida sexual, porque la sexualidad es una cadena que vincula a cada uno de nosotros a muchos otros, otros desconocidos, y ahora la gran cadena del ser se ha convertido también en la gran cadena de la muerte. No es lo mismo para ti, insistió



Quentin, no es lo mismo para ti como lo es para mí o para Lewis o Frank o Paolo o Max, yo estoy cada vez más asustado, y tengo todas las razones de estarlo. Yo no pienso si corro peligro o no, dijo Hilda, sé que estaba asustada de conocer a alguien que tuviera la enfermedad, asustada de lo que vería, de lo que sentiría, y después del primer día que vine al hospital me sentí tan aliviada. Nunca volveré a sentirme de esa manera, a sentir ese miedo; él no me parece diferente de mí. No lo es, dijo Quentin.

Según Lewis, él hablaba más a menudo de los que lo visitaban más a menudo, lo que es natural, dijo Betsy, yo creo que incluso lleva la cuenta. Y entre los que vinieron o hablaron por teléfono todos los días, el círculo más íntimo, digamos, los que obtenían más puntos, había además otra competición, que era lo que la ponía nerviosa a Betsy, como se lo confesó a Jan; siempre hay esas vulgares manipulaciones para estar alrededor de la cabecera de los enfermos graves, y si bien todos nos sentimos llenos de virtud por nuestra lealtad hacia él (habla en tu propio nombre, dijo Jan), hasta el punto de que le dedicamos nuestro tiempo todos los días, o casi todos los días, si bien algunos de nosotros hemos dejado de venir, como señaló Xavier, no le sacamos tanto provecho a esto como lo hace él. Lo crees, dijo Jan. Somos rivales por un signo de su parte de especial placer por una visita, queriendo sentirnos los más requeridos, los verdaderamente más cercanos y más queridos, lo que es inevitable tratándose de alguien que no tiene una esposa e hijos o un amante oficial que viva con él, jerarquías que nadie se atrevería a discutir, Betsy continuó, de manera que somos la familia fundada por él, sin proponérselo, sin títulos oficiales y jerarquías (nosotros, nosotros, refunfuñó

Quentin); y es tan evidente, si bien algunos de nosotros, Lewis y Quentin y Tanya y Paolo, entre otros, son ex amantes y todos nosotros más o menos que amigos, a cuál de nosotros prefiriere, dijo Víctor, porque a veces pienso que espera más ver a Aileen, que lo ha visitado sólo tres veces, dos en el hospital y una desde que volvió a su casa, que a ti o a mí; pero, según Tanya, después de estar muy decepcionado de que Aileen no hubiese venido, ahora estaba enojado, mientras, según Xavier, no estaba realmente ofendido sino conmovedoramente pasivo, aceptando la ausencia de Aileen como algo que de algún modo merecía. Pero está feliz de tener gente a su alrededor, dijo Lewis, dice que cuando no está acompañado se vuelve muy soñoliento, duerme (según Quentin), y después se despa-bila cuando alguien llega, es importante que no se sienta nunca solo. Pero, dijo Víctor, hay una persona de la que no ha tenido noticias, de quien probablemente le gustaría tener noticias más que de cualquiera de nosotros; pero ella no desapareció exactamente, aun enseguida después que lo dejó, y él sabe dónde vive ella ahora, dijo Kate, él me dijo que la había llamado para Nochebuena, y ella le dijo qué agradable saber de ti y Feliz Navidad, y él estaba destrozado, según Orson, y furioso y despectivo, según Ellen (qué puedes esperar de ella, dijo Wesley, es una "reventada"), pero Kate pensaba si acaso él no había llamado a Nora en medio de una noche desvelada, cuál es la diferencia horaria, y Quentin dijo que no, no lo creo, pienso que a él no le hubiera gustado que ella se enterara.

Y cuando él se sintió aún mejor y había recuperado el peso que había perdido en el hospital, si bien la heladera se había empezado a llenar con germen de trigo orgánico y pomelos y leche descremada (está preocupado por su colesterol, se lamentó Stephen) y le dijo a Quentin que ahora podía arreglárselas solo, y lo hacía, empezó a preguntarle a todos los que lo visitaban qué aspecto tenía, y todos le decían que estaba muy bien, mucho mejor que hace unas semanas, lo que no coincidía con lo que le habían dicho en ese momento; pero ocurría que se había vuelto cada vez más difícil saber qué aspecto tenía, contestar a esa pregunta honestamente cuando entre ellos querían ser honestos, tanto por respeto a la honestidad como (pensaba Donny) para prepararse para lo peor, porque tuvo ese aspecto durante tanto tiempo, por lo menos parecía tanto tiempo, que parecía como si siempre hubiera estado así, qué aspecto tenía antes, pero sólo fue durante unos pocos meses, ¿y esas palabras, pálido y descolorido y frágil, acaso no las habían aplicado siempre? Y un jueves Ellen, encontrándose con Lewis en la puerta del edificio, dijo, mientras subían juntos en el ascensor, ¿cómo está *realmente*? Pero ya ves cómo está, dijo Lewis áspicamente, está bien, está perfectamente sano, y Ellen entendió que por supuesto Lewis no pensaba que estaba perfectamente sano sino que no había empeorado, y eso era verdad, pero acaso no era casi despiadado hablar así. A mí me parece inofensivo, dijo Quentin, pero me doy cuenta de lo que quieres decir, recuerdo una vez hablando con Frank, alguien que, al fin y al cabo, trabaja como voluntario cinco horas a la semana en el Centro de la Crisis (lo sé, dijo Ellen),

y Frank se ocupaba de ese tipo al que le diagnosticaron la enfermedad hace casi un año, y mucho antes tal vez, y el tipo se quejaba por teléfono a Frank sobre la indiferencia de un médico, y se había vuelto insultante con respecto al médico, y Frank le decía que no había ninguna razón para estar tan alterado, porque Frank no se hubiera comportado en forma tan irracional, y yo le dije, apenas podía controlar mi desprecio, pero Frank, Frank, tiene todas las razones para estar alterado, se está muriendo, y Frank dijo, dijo según Quentin, oh, no quiero pensar sobre el asunto de esa manera.

Y fue cuando todavía estaba en su casa, recuperándose, recibiendo su tratamiento semanal, incapaz todavía de trabajar mucho, se quejaba él, pero, según Quentin, levantado y caminando la mayor parte del tiempo y apareciendo en la oficina varios días por semana, que llegaron malas noticias sobre dos personas apenas conocidas, una en Houston y otra en París, noticias que fueron interceptadas por Quentin con el argumento de que sólo lo deprimirían, pero Stephen replicó que estaba mal mentirle, era tan importante para él vivir en la verdad; esa había sido una de sus primeras victorias, era franco, estaba dispuesto a hacer bromas sobre su enfermedad, pero Ellen dijo que no convenía darle esa sensación de fin del mundo, demasiadas personas se enfermaban, se estaba convirtiendo en un destino tan común que tal vez parte de la voluntad de luchar por su vida se consumiría si parecía algo tan natural como la muerte. Oh, dijo Hilda, que no conocía personalmente ni la que vivía en Houston ni la que vivía en París, pero había oído de la que vivía en París, un pianista que se especializaba en música checa y polaca del siglo XX, tengo sus discos, es una persona tan valiosa, y, cuando Kate la miró con ira, continuó defensivamente, sé que cada vida es igualmente sagrada, pero ese es un pensamiento, otro pensamiento, quiero decir, todas esas personas valiosas que no llegarán a los ochenta como se llega ahora, esas personas no van a ser reemplazadas, y es una pérdida tan grande para la cultura.

Pero esto no seguirá siendo así para siempre, dijo Wesley, no puede seguir siendo así, ellos están destinados a descubrir algo (ellos, murmuró Stephen), pero acaso pensaste, dijo Greg, que si algunos no mueren, quiero decir que aun si los conservan con vida (ellos, ellos, murmuró Kate), siguen siendo portadores, y eso quiere decir, si eres consciente, que nunca más podrás hacer el amor, hacer el amor plenamente, como te gustaría, dijo el licenciado Ira. Pero es mejor que morir, dijo Frank. Y en toda su conversación sobre el futuro, cuando se permitió tener esperanza, según Quentin, él nunca mencionó la perspectiva de que aun si no moría, si era tan afortunado de pertenecer a la primera generación de sobrevivientes de la enfermedad, nunca mencionó, confirmó Kate, que cualquier cosa que ocurriese había terminado la manera como había vivido hasta ahora, pero, según Ira, él no pensaba en eso, el final de la bravata, el final de la locura, el final de confiar en la vida, el final de dar la vida por sentado, y de tratar la vida como algo que, a la manera de los samurais, pensaba que estaba dispuesto a deshacerse de ello alegremente, insolentemente; y Kate recordó, suspirando, una breve conversación que ella insistió en tener hace dos años, apretados en una ban-

queta cubierta por una alfombra industrial gris acero en un nivel superior de The Prophet y fumando marihuana mientras se preparaban para salir a la pista de baile; ella dijo vacilando, porque parecía una tontería pedirle a un príncipe del libertinaje que, bueno, que se cuidara, y ella no se proponía hacer de hermana mayor, un papel, como lo confirmó Hilda, que él inspiraba en muchas mujeres, estás tomando precauciones, querido, ya sabes lo que quiero decir. Y él respondió, continuó Kate, no, no lo hago, mira, no puedo, sencillamente no puedo, el sexo es demasiado importante para mí, siempre lo ha sido (empezó a hablar así, según Víctor, después que Nora lo dejó), y si la agarro, bueno, la agarro. Pero ahora no hablaría así, no es cierto, dijo Greg; se debe sentir muy tonto ahora, dijo Betsy, como alguien que siguió fumando, diciendo que no puede dejar el cigarrillo, pero cuando aparece la radiografía desfavorable hasta el más empedernido adicto a la nicotina para de fumar inmediatamente. Pero el sexo no es como el cigarrillo, acaso lo es, dijo Frank, y, además, qué se saca con recordar que él era temerario, dijo Lewis enojado, lo asombroso es que hay que ser desdichado una vez, y acaso no se sentiría aun peor si hubiera dejado de tener relaciones sexuales hace tres años y hubiera contraído la enfermedad de todos modos, puesto que una de las características más terribles de la enfermedad es que uno no sabe cuándo la contrae, podría haber sido diez años atrás, porque seguramente esta enfermedad ha existido durante años y años, mucho antes de que la reconocieran; es decir, nombraran. Quién sabe cuanto tiempo (pienso mucho en eso, dijo Max) y quién sabe (sé lo que vas a decir, interrumpió Stephen) cuántos van a contraerla.

Me siento bien, se cuenta que decía siempre que alguien le preguntaba cómo estaba, que era casi siempre la primera pregunta que le hacían. O: Me siento mejor ¿cómo estás? Pero también decía otras cosas. Juego al rango conmigo mismo, se cuenta que dijo, según Víctor. Y: debe de haber alguna manera de obtener algo positivo de esta situación, se cuenta que le dijo a Kate. Qué norteamericano que es, dijo Paolo. Bueno, dijo Betsy, ya conoces el viejo dicho norteamericano: cuando tengas un limón, haz una limonada. Lo que estoy seguro que no podría soportar, Jan contó que él le dijo a ella, es que me desfigurara, pero Stephen se apresuró a señalar que la enfermedad ya no suele tomar esa forma, su perfil está cambiando, y, conversando con Ellen, mencionaba palabras como barrera de la sangre del cerebro; nunca pensé que hubiera *allí* una barrera, dijo Jan. Pero él no debería enterarse de lo que le pasó a Max, dijo Ellen, eso realmente lo deprimiría, por favor no se lo digan, tendrá que saberlo, dijo Quentin inflexiblemente, y se pondrá furioso sino se lo cuentan. Pero hay tiempo para eso, cuando lo saquen a Max del respirador, dijo Ellen, pero no es increíble, dijo Frank, Max estaba bien, no se sentía enfermo para nada, y después despertarse con una fiebre de ciento cinco grados, incapaz de respirar, pero de esa manera suele empezar, sin que haya ninguna advertencia, dijo Stephen, la enfermedad tiene tantas formas. Y cuando, después que había pasado una semana,

él le preguntó a Quentin dónde estaba Max, no puso en duda la versión de Quentin sobre una escapada a las Bahamas, pero entonces la cantidad de gente que lo visitaba regularmente disminuyó, en parte porque las viejas enemistades que habían sido puestas a un lado durante la primera hospitalización y el regreso a la casa habían resurgido, y la fluctuante enemistad entre Lewis y Frank estalló, aun cuando Kate hizo lo posible para mediar entre ellos, y también porque él mismo había hecho algo para aflojar los lazos de cariño que unían a los amigos a su alrededor, aparentemente al darlos por sentados, como si fuera perfectamente normal para tantas personas disponer de tanto tiempo y atención para estar con él, visitarlo cada tantos días, hablar de él incesantemente por teléfono unos con otros; pero, según Paolo, no era que él estuviera menos agradecido, sólo ocurría que se estaba acostumbrando a las visitas. Se había convertido, con el tiempo, en una situación más corriente, una especie de fiesta continua, primero en el hospital y ahora desde que estaba en su casa, apenas repuesto, es evidente, dijo Robert, que estoy en la lista B; pero Kate dijo, eso es absurdo, no hay ninguna lista; y Víctor dijo, pero la hay, sólo que no es él sino Quentin quien la hace. Él nos quiere ver, nosotros lo ayudamos, debemos hacerlo de la manera como él quiere, se cayó ayer mientras iba al baño, no hay que contarle lo que le pasó a Max (pero ya lo sabía, según Donny), las cosas están empeorando.

Cuando yo estaba en mi casa, se cuenta que dijo, tenía miedo de dormir, cuando me vencía el sueño, cada noche me ocurría eso, era como si me cayera en un agujero negro, dormir era como ceder a la muerte, yo dormía todas las noches con la luz encendida; pero aquí, en el hospital, siento menos miedo. Y a Quentin le dijo, una mañana, el miedo se abalanza sobre mí, me desgarró; y a Ira, me aprieta, me estruja hacia mí mismo.

El miedo da a todo su matiz, es excitante. Me siento, cómo decirlo, tan exaltado, le dijo a Quentin. La calamidad es un extremo sorprendente también. A veces me siento *tan* bien, tan fuerte, es como si pudiera salirme de mi piel. ¿Me estoy volviendo loco, o qué? ¿Es debido a toda esta atención y estos mimos que recibo de todos, como el sueño de un chico de ser querido? ¿Son las drogas? Sé que parece una locura pero a veces pienso que ésta es una experiencia *fantástica*, dijo tímidamente; pero también estaba el mal gusto en la boca, la presión en la cabeza y en la parte de atrás del cuello, las encías coloradas, sangrantes, la dificultad para respirar, y su palidez de color marfil, de color chocolate blanco. Entre los que lloraron cuando se les dijo por teléfono que él estaba de vuelta en el hospital estaban Kate y Stephen (que habían sido llamados por Quentin) y Ellen, Víctor, Aileen y Lewis (que habían sido llamados por Kate) y Xavier y Ursula (que habían sido llamados por Stephen). Entre los que no lloraron estaban Hilda, que dijo que acababa de enterarse que su vieja tía de setenta y cinco años se estaba muriendo de la enfermedad, que había contraído por una transfusión que le habían hecho con motivo de su exitoso *by-pass* doble hace cinco años, y Frank y Donny y Betsy, pero esto no quería decir, según Tanya, que no estaban conmovidos y consternados, y

Quentin pensó que probablemente no volverían pronto al hospital sino que mandarían regalos; el cuarto, estaba en un cuarto privado esta vez, se estaba llenando de flores y plantas y libros y cintas magnetofónicas. La alta marea de acrimonia apenas disimulada de las últimas semanas cuando él estaba en su casa amainó convirtiéndose en la rutina de las visitas de hospital, aunque no fueron pocos los que se resintieron por el hecho de que Quentin tuviera a su cargo el libro de visitas (pero fue Quentin quien tuvo la idea, señaló Lewis); ahora para asegurarse una corriente continua de visitantes, preferiblemente no más de dos por vez (ésta, la norma en todos los hospitales, no era aquí obligatoria, por lo menos en este piso; ya sea por bondad o ineficiencia, nadie podía decir), Quentin debía ser llamado primero, para medir el tiempo, ya no había visitas ocasionales. Y ya no se podía impedir que su madre tomara un avión y se instalara en un hotel cercano al hospital; pero él parecía menos molesto de su presencia diaria que lo que podía esperarse, dijo Quentin; Ellen dijo que sólo a nosotros nos molestaba, te parece que ella se va a quedar mucho tiempo. Era más fácil ser generosa los unos con los otros visitándolo a él acá en el hospital, como señaló Donny, que cuando estaba en su casa, donde uno se sentía molesto de no poder nunca estar solo con él; viniendo aquí, de dos a dos, no cabe ninguna duda sobre cuál es nuestro papel, sobre cómo deberíamos ser nosotros, colectivos, graciosos, entretenidos, poco exigentes, alegres, es importante ser alegre, porque en todo este miedo hay alegría también, como dijo el poeta, dijo Kate. (Sus ojos, sus ojos resplandecientes, dijo Lewis). Los ojos de él parecían opacos, apagados, Wesley le dijo a Xavier, pero Betsy dijo que la cara de él, no solamente los ojos, parecía espiritual, cálida; cualquier cosa que esté allí, dijo Kate, nunca he sido tan consciente de sus ojos; y Stephen dijo, tengo miedo de lo que muestran mis ojos, la manera como lo miro, con demasiada intensidad, o una falsa indiferencia, dijo Víctor. Y, a diferencia de cuando estaba en su casa, estaba afeitado todas las mañanas, a cualquier hora que lo visitaran; su pelo crespo siempre estaba peinado; pero él se quejaba de que las enfermeras habían cambiado desde que estuvo aquí la última vez, y que no le gusta el cambio, quería que todos fueran los mismos. El cuarto estaba amueblado ahora con algunos de sus efectos personales (palabra rara para las cosas de uno, dijo Ellen), y Tanya trajo dibujos y una carta de su hijo disléxico de nueve años, que escribía ahora, desde que ella le compró una computadora; y Donny trajo champaña y globos, que fueron atados al pie de la cama; cuéntenme sobre algo que está pasando, dijo él, despertándose de una siesta para encontrar a Donny y a Kate que estaban a un costado de su cama y lo miraban con simpatía; cuéntenme un cuento, dijo él anheloso, dijo Donny, que no sabía qué decirle; *tú* eres el cuento, dijo Kate. Y Xavier trajo una escultura guatemalteca del siglo XVIII que representaba a San Sebastián con ojos que miraban hacia arriba y la boca abierta, y cuando Tanya dijo qué es eso, un tributo al pasado de Eros, Xavier dijo que de donde él venía Sebastián era venerado como protector contra la peste. ¿La pes-

tilencia está simbolizada por las flechas? Simbolizada por las flechas. Todo lo que recuerda la gente es el cuerpo de un hermoso joven atado a un árbol, atravesado por flechas (de las que siempre parece olvidado, interpelló Tanya), la gente se olvida que la historia continúa, que cuando las mujeres cristianas vinieron a enterrar el martir lo encontraron todavía con vida y lo cuidaron hasta que se recuperara. Y él dijo, según Stephen, que no sabía que San Sebastian no hubiera muerto. Es innegable, no es verdad, dijo Kate por teléfono a Stephen, la fascinación de los agonizantes. Me avergüenza. Estamos aprendiendo a morir, dijo Hilda, no estoy dispuesta a aprender, dijo Aileen; y Lewis, que venía directamente del otro hospital, el hospital donde estaba internado Max, se encontró con Tanya a lo largo del iluminado corredor más allá de las puertas abiertas, apartando los ojos de los otros pacientes hundidos en sus camas, con tubos en la nariz, iluminados por la luz azulada de los receptores de televisión, lo que no puedo pensar ahora, le dijo Tanya a Lewis, es en alguien que esté muriéndose con la televisión encendida.

Tiene ahora esa extraña, desalentadora indiferencia, dijo Ellen, eso es lo que perturba, por más que facilite el hecho de estar con él. A veces estaba irritable. No las puedo soportar a las que vienen todas las mañanas a sacarme sangre, qué hacen con toda esa sangre, se

cuenta que él dijo; pero dónde estaba su ira, pensaba Jan. Generalmente resultaba agradable estar con él, siempre preguntando como estás tú, cómo te sientes. Es tan encantador ahora, dijo Aileen. Es tan agradable, dijo Tanya. (Agradable, agradable, se quejaba Paolo). Al principio estaba muy enfermo, pero estaba reanimándose, según la información que tenía Stephen, no había temor de que esta vez no se recuperara, y la doctora dijo que le daría de alta dentro de diez días si todo iba bien, y convencieron a la madre de que regresara a Mississippi, y Quentin estaba preparando el *penthouse* para cuando él volviera. Y todavía seguía escribiendo su diario, sin mostrárselo a nadie, si bien Tanya, la primera en llegar una mañana de fines de invierno, al encontrarlo adormecido, atisbó, y se horrorizó, según Greg, no por algo que hubiese leído sino por el cambio gradual de su letra; en las páginas recientes, se estaba volviendo muy fina, menos legible y algunas líneas de la letra se desviaban y se inclinaban. Estaba pensando, le dijo Ursula a Quentin, que la diferencia entre un relato y un cuadro o una fotografía es que en el relato se puede escribir: Todavía está vivo. Pero en un cuadro o en una foto no se puede indicar "todavía". Sólo lo puedes mostrar vivo. Todavía está vivo, dijo Stephen.

Cortesía de Susan Sontag y La Nación de Buenos Aires.

### La vida (a)leve

SONETO EN AS - ES - IS- OS - US  
AZ - EZ - IZ - OZ - UZ

Esta vez el juego consiste en componer un soneto con las rimas *as, es, is, os, us* o sus homófonas terminadas en "z", o una mezcla de ambas. Para disponer de más rimas, se vale cortar las palabras (como en mi soneto 1, *mus/ araña*), siempre que no se altere el metro con un verso mal acentuado. Los versos serán endecasílabos o menores, y deberán tener algún sentido (se rechazará el disparate total). Los poetas que colaboren podrán crearse dificultades adicionales. Una consistiría en no mezclar rimas en "s" con rimas en "z". Pero es posible inventar otras equivalentes: así, en mi soneto 2, además de usar las rimas en los esperados finales de verso, decidí incluirlas todas juntas en un verso de cada estrofa, ¡y decirlo!

#### 1. LLUVIA

Las nubes esponjan sus  
vellones de regaliz,  
viran hacia opaco gris  
los aceites de la luz

y en mi pensamiento mus-  
arañas, desde los cris-  
tales de mi tragaluz,  
se filtran. Hacia más gris

crece el gris, hasta que más  
gris es imposible, y zás:  
estalla el cielo con voz

de rayo, en un tres por dos  
cae la lluvia, y otra vez  
reinan luz y lucidez.

#### 2. ¿SONETO ATROZ?

*Un baz de luz gris nos es*  
dado ver en Veracruz  
si un "norte" te pone, oh luz,  
terrosa la rubia tez.

*Veloz —¡zás!— de anís sus diez*  
vasitos bebió Jesús  
sin sufrir un patatús,  
porque ése bebe por tres.

¿Hallas mi soneto atroz?  
¡Pues es tarea feroz  
poner *as, us, es, os, is*

en cada estrofa! ... ¡Anda, Blas!  
brinda a mi final feliz  
tus "¡Bis!" ... ¡Otra vez! ... ¡dos! ... ¡más!

Ulalume González de León